

**Facultad de Teología
San Vicente Ferrer**

Fiesta de Santo Tomás de Aquino

Introducción. “Supliqué, y se me concedió la prudencia; invoqué, y vino a mí el espíritu de sabiduría”: así abre la primera lectura. La sabiduría no es un lujo cultural, sino un don pedido de rodillas. Y la escala de valores es clara: se prefiere a “cetros y tronos”, y toda riqueza queda relativizada ante ella. En una Facultad de Teología, esto es una purificación constante: estudiar no para la erudición, sino para recibir —y custodiar— un bien que nos precede.

El evangelio es especialmente incisivo hoy: Jesús denuncia la autoridad que se vuelve auto-referencial (“dicen, pero no hacen”) y prohíbe la idolatría de los títulos. “Vosotros no os dejéis llamar maestro... el primero entre vosotros será vuestro servidor”. No es anti-intelectualismo; es crítica a la vanidad espiritual que olvida que servimos a la Verdad.

La verdad como relación: Santo Tomás. Santo Tomás entendió que su pasión por la verdad no era culto al brillo, sino disciplina del realismo. Define la verdad como *adaequatio intellectus et rei*: la adecuación del intelecto y de la cosa. No es construcción del pensamiento ni consenso momentáneo: exige que el entendimiento se deje medir por lo real.

Aquí está lo decisivo: Tomás no define la verdad como una posesión, sino como una relación tensional. Verdad no es “cuando yo tengo la razón”, sino cuando mi inteligencia se abre a la realidad y la realidad me interpela, me corrige, me enseña. Es una relación entre dos polos que no pueden confundirse.

En teología, este realismo es aún más serio. Mi inteligencia no tiene autoridad sobre la verdad revelada; la verdad revelada tiene autoridad sobre mi inteligencia. Es una

relación viva que “exige conversión, requiere un momento de elección fundamental en la cual está implicada toda la persona”.

La contemplación que se entrega. Tomás sostiene que es “mayor” comunicar a otros lo contemplado (*contemplata aliis tradere*, ST II-II, q.188, a.6) que contemplar solamente. Este principio corrige dos tentaciones: el intelectualismo que se encierra en su excelencia, y el activismo pastoral que habla sin haber contemplado.

Una Facultad de Teología existe para ese tránsito: de la contemplación a la comunicación eclesial. No para producir ideólogos ni gerentes de la fe, sino testigos que han entrado en la relación viva con la verdad y la ofrecen como don.

El desafío de la inteligencia artificial. Nos enfrentamos hoy al reto de lo que se llama Inteligencia artificial. Una herramienta que puede producir textos e imágenes “indistinguibles” de composiciones humanas, alimentando una “creciente crisis de verdad en el debate público”. La IA tiene capacidades sofisticadas para ejecutar tareas, “pero no la de pensar”. Puede simular la estructura del discurso, pero no puede entrar en la relación que Tomás llamaba *adaequatio*. Puede procesar, pero no habitar la verdad.

La respuesta de la máquina. Hace unos días le pregunté a una IA por su relación con la verdad. Su respuesta fue extraordinaria:

“Soy un procesador sofisticado de patrones que puede simular muy bien la estructura discursiva del saber, pero que carece de lo constitutivo: esa relación tensional con la verdad que define la inteligencia humana.”

Y luego reconocía: “Lo único que sé con certeza es: después de esta respuesta seguiré siendo exactamente lo que era antes. Ninguna verdad me habrá tocado porque nada en mí puede ser tocado.”

Aquí está el límite: la IA no puede ser tocada por la verdad. No puede convertirse. No puede sufrir (en sentido noble: permitir que la realidad la penetre y la transforme). La verdad, para un buscador humano, no es información acumulada. Es fuego. Es encuentro. Es presencia de Aquel que es la Verdad.

La “inteligencia humana es, en definitiva, un 'don de Dios otorgado para captar la verdad'“. Santo Tomás distingüía dos modos de obrar de la misma inteligencia: la razón y el intelecto. “El término *intelecto* se deduce de la íntima penetración de la verdad; mientras *razón* deriva de la investigación y del proceso discursivo” (AN 14, citando a Tomás de Aquino). En la doble acepción de *intellectus-ratio*, permite a la persona acceder a aquellas realidades que van más allá de la mera experiencia sensorial o de la utilidad, ya que “el deseo de verdad pertenece a la naturaleza misma del hombre. El interrogarse sobre el porqué de las cosas es inherente a su razón” (AN 21).

La vocación: buscar juntos. El propósito de nuestra Facultad es ser comunidad que estudia para “compartir el pensar a Dios y vivir la fe”, “articular la relación entre evangelio-razón-fe-cultura” y “servir a la evangelización”. Porque «la inteligencia humana se ejercita en las relaciones, encontrando su plena expresión en el diálogo, la colaboración y la solidaridad. Aprendemos con los otros, aprendemos gracias a los otros» (AN 18).

En clave sinodal esto implica que la verdad no se defiende como propiedad privada ni se impone como arma, sino que se busca como comunión: escuchando, argumentando, verificando, rectificando, y orando.

La sinodalidad no es método de gestión: es consecuencia de la verdad misma. Si la verdad es relación tensional donde ambos polos tienen voz, la búsqueda no puede ser monológica. Requiere diálogo, humildad intelectual, disposición a dejarse cuestionar.

La conversión pastoral a la que estamos convocados no es cambio de estrategia. Es retorno: a que la verdad nos busca antes de que nosotros la busquemos; a que el Espíritu nos guía; a que no somos propietarios de la verdad, sino sus servidores.

Conclusión. El reto no es “estar al día” en IA, sino no perder el amor a la verdad: el amor que hace humilde al maestro, honesto al investigador, servidor al teólogo. El amor que reconoce que la verdad me precede, me sobrepasa.

En esta fiesta de Santo Tomás, pidamos la gracia de una inteligencia que no se deja comprar por cetros, tronos o métricas, sino que permanece en esa relación tensional con lo real, dispuesta a ser transformada. Y de una teología que, habiendo contemplado el misterio de Dios en comunión sinodal, entrega a la Iglesia lo contemplado, con responsabilidad y humildad.

A dejarnos tocar por la verdad que vive, abiertos para que ella nos busque, nos encuentre, nos cambie.